

Ciertamente, no sabemos qué deparará el futuro, pero quisiéramos concluir con la mirada puesta en ese porvenir. ¿Qué les ofrece Arizmendiarieta a las generaciones del siglo XXI? Se nos ocurren tres sugerencias para todos aquellos que, a través de experiencias colectivas, buscan nuevos rumbos:

- Por un lado, un pensamiento sólido, flexible y efectivo sobre la autoinstitución de la sociedad.
- Por otro, un racimo de actitudes interesantes, y entre ellas una que se ha convertido en un bien escaso: la energía creativa, el vigor necesario para pensar y actuar desde otras lógicas sin sucumbir ante la fuerza fáctica de lo real.
- Por último, la capacidad para poner en práctica las ideas, la plasmación concreta de una experiencia más o menos acertada; el testimonio de una persona y un colectivo que han participado en la transformación de la sociedad haciendo confluír pensamiento y praxis.

## SIMPLEZA Y COMPLEJIDAD DE UN PENSAMIENTO

Las ideas fundamentales de Arizmendiarieta son simples. Podríamos resumirlas, por ejemplo, de este modo: la filosofía cooperativa es una filosofía de la comunidad. Sólo en comunidad existimos las personas; nos hacemos personas en una comunidad concreta, no vivimos ni actuamos como personas sino en comunidad. Lo mismo: una fábrica es una comunidad de trabajo, situada en una comunidad social, con su historia, cultura, tradiciones, problemas. El ideal del cooperativismo es la transformación de la comunidad de trabajo (empresa), para la transformación de la comunidad social en la que está ubicada (municipio, región) y, en definitiva, la construcción de una sociedad nueva.

El pensamiento de Arizmendiarieta, como vemos, es comunitarista. Con ello no se debe entender que el concepto de comunidad es el fundamental, y los otros (persona, trabajo) sus planetas errantes. Hay que tener cuidado a la hora de sistematizar un pensamiento como el de Arizmendiarieta. Don José María no tenía un esquema prefabricado de ideas, no pensaba en esquemas escolásticos. No tenía, digamos, un sistema fijo. Al contrario, su pensamiento era móvil, y ha expuesto sus ideas básicas en formulaciones siempre variables. Podríamos igualmente considerar como eje fundamental su concepto de trabajo: el trabajo ha convertido al animal en persona, ha creado al hombre. En el trabajo se convierten luego las personas en comunidad (porque siempre se trabaja en comunidad, en cooperación, aunque no siempre se organice cooperativamente el trabajo). Así, pues, el concepto de trabajo acaba incluyendo los de persona y comunidad. Finalmente, el concepto de persona de Arizmendiarieta podría aspirar con no menos derecho al título de piedra angular de su pensamiento. Para decirlo con una frase suya: "En definitiva, todos los problemas y todas las cuestiones planteadas en el mundo se pueden reducir al hombre". De hecho, Arizmendiarieta es ante todo un personalista (en el sentido filosófico de este término, no en el de algunos diccionarios). E incluso en la historia de su evolución personal, ha sido antes personalista que cooperativista. Al final, trabajo, cooperación, comunidad, todo se entiende al servicio de la dignidad de la persona, último fundamento y fin de todo quehacer humano. "No aspiramos al desarrollo económico como fin, sino como medio", dirá Arizmendiarieta.

Es fácil malentender a Arizmendiarieta. A primera vista este tipo de discurso se nos hace conocido y familiar: la persona, el servicio a la comunidad, etc. Su mensaje nos parece viejo. Sus ideas, no muy

bien entendidas en su tiempo, con los años corren el peligro de ser reducidas —quizá incluso entre sus seguidores— a una serie de consideraciones pías generales. Ideas inofensivas, aceptables para todos, sean de derechas o de izquierdas; que no molestan —ni entusiasman— a nadie. Una plática abstracta de talante humanista y democristiano, en el sentido aburrido del término.

Digamos, pues, para empezar, que Arizmendiarieta —su pensamiento— no se sitúa en ese centro dorado, e.d., descolorido al que ahora toda la gente honorable parece aspirar, incluidos los que todavía recientemente eran fogosos militantes de izquierdas o de derechas. Arizmendiarieta no ha sido de ningún modo el moderado y razonable que quizá conviene a algunos. Ha sido y es un radical tanto en sus conceptos como en sus planteamientos. Se niega a entrar en el juego de izquierdas y derechas; pero se niega tanto más enérgicamente a situarse en el centro. Es un socialista radical. Que tal vez no simpaticemos con el PSOE no debe ser motivo para ocultar esta faceta. Tampoco deberemos ocultar que su idea de socialismo es bien distinta del PSOE o PCE: su planteamiento de la lucha de clases, su valoración del Estado, nada tiene que ver con aquellos. Arizmendiarieta desconfía del Estado, confía y cree en la comunidad. Pero su desconfianza en el Estado no lo convierte en un liberal. Es también un crítico radical y constante del liberalismo. Lo que tampoco quiere decir que persiga directamente la destrucción del capitalismo, sino su superación efectiva. Por tanto, la “vía cooperativa” propuesta por Arizmendiarieta no es sólo un determinado concepto —democrático-fraternal— de la empresa, sino una concepción global revolucionaria de la sociedad actual y de su superación histórica, en marcha hacia una sociedad sin clases. Estos son elementos sustanciales del pensamiento de Don José María, que no es lícito soslayar sólo porque hoy no están de moda, y en algunos sectores pueden resultar incómodos o incluso explosivos. El pensamiento de Arizmendiarieta es el que es, no el que tal vez nos gustaría que fuese. A este nivel su pensamiento es simple y claro.

La complejidad del pensamiento de Arizmendiarieta, que hace difícil el trato con él, es que se va deslizando entre elementos contrarios, como autocorrigiéndose constantemente: idealista, pero antiutópico, revolucionario, pero paso a paso; anticapitalista, pero dispuesto a aprender del capitalismo y a convivir con él; contrario a la violencia, pero favorable a la lucha incesante; por la libertad, pero con máxima disciplina. Es lo que caracteriza el pensamiento de Arizmendiarieta, que queda así fuera de toda “escuela”, liberal o socialista. Su forma es la de negarse a tener una forma fija. Los mismos principios generales cambian de valor si son repensados, por ejemplo, en vistas a la fundación de una empresa, o de una escuela, o de una entidad financiera, o de una cooperativa de mujeres, etc. Este pensamiento nunca alcanza un estadio definitivo, porque alguno de sus elementos va cambiando constantemente de lugar —de sentido—, según el contexto; sólo es pensable en movimiento, e.d., sólo existe cuando es repensado a cada momento. Suele decirse que en el seno del marxismo se mueven dialécticamente una corriente caliente y una corriente fría. El pensamiento de Arizmendiarieta ciertamente combina el calor y el frío, y vive de la oposición interna de sus elementos.

## **CONCIENCIA DE UNA CRISIS GENERAL**

Sin embargo, me parece que en nuestros días la mayor dificultad para captar el genuino sentido del pensamiento de Arizmendiarieta radica en el punto de partida, en los presupuestos mismos desde los que pensamos la realidad. ¿Quién habla hoy de crisis de la civilización occidental, o qué significado

puede tener hoy esta apalabra para los jóvenes? Barrida la competencia del comunismo, gobiernos, prensa y TV se esfuerzan todos los días en infundirnos la sensación de vivir en el mejor de los mundos posibles. Por el contrario, el punto de partida de Arizmendiarieta era la conciencia de vivir en la historia un momento que debía ser superado. Momento de crisis general. Vivimos en un mundo que es preciso dar por muerto, para construir otro.

En el Mondragon de la posguerra, donde —en palabras de Arizmendiarieta— “las luchas fratricidas, los odios y las venganzas han abierto durante muchos años unas heridas muy profundas que es preciso curar”, la idea de que es preciso olvidar las viejas posiciones —liberales, marxistas— y empezar a levantar un orden nuevo sobre bases nuevas será una honda convicción en él. Para ello, era preciso saber renunciar a las propias fórmulas y saber dialogar, para entre todos, levantar un orden nuevo. Esta experiencia será decisiva. Ella muestra también por qué Arizmendiarieta no ha tratado nunca de desarrollar una nueva teoría original, frente a otras (y habría resultado una más), sino un pensamiento global —si se quiere, un sincretismo— que acoja aportaciones de todos los bandos; pero rompiendo con ellos, e.d., con el pasado, a favor de nuevas vías.

Pero esta postura suya en Mondragon respecto al pasado, no explica su pensamiento, sino que ella misma requiere una explicación. En la Europa en torno a las dos guerras mundiales, Arizmendiarieta pertenece —con sus maestros— a un grupo de pensadores para quienes la crisis de la modernidad es una evidencia. Para esta generación la conciencia de la crisis no ha sido tanto el resultado de una reflexión intelectual, como una experiencia personal trágica, cuya máxima expresión han sido las guerras que han llenado la primera mitad del siglo XX. Guerras civiles, guerras mundiales y guerras revolucionarias que se han extendido por todo el mundo. Al siglo del liberalismo ha seguido el siglo de la violencia, escribe Arizmendiarieta (y la frase podría ser de Karl Polanyi). Debajo de esta violencia Arizmendiarieta advierte la crisis de la razón liberal a todos los niveles: crisis de autoridad, de convivencia, de fe, de las ideas mismas. La razón se disuelve. La multitud de ideologías y doctrinas sociales, opuestas ferozmente muchas veces, disgrega la sociedad, que se encuentra sin otros medios para la resolución de conflictos que la fuerza. Arizmendiarieta hace suya la idea de Balzac de los períodos históricos de delirio, en uno de los cuales cree encontrarse. En estos períodos el egoísmo y el furor ciegan el entendimiento y desnaturalizan los corazones de tal modo que se cometen los más horrendos crímenes en nombre de los más augustos motivos sin ningún escrúpulo. “Hoy —escribía el joven Arizmendiarieta—, después de tantas transformaciones y evoluciones, hemos venido a parar a un estado de cosas en el que no se vislumbra ninguna solución humana”.

La Europa de posguerra se encontraba dividida en comunistas y liberales, unos y otros incapaces de hallar una solución a la cuestión social. Arizmendiarieta definía su postura en oposición a ambos (repetamos: no como el medio, sino como la superación de ambos). Hoy las críticas de Arizmendiarieta al comunismo parecerán a cualquiera muy comprensibles —también a quienes en su día le tacharon de reaccionario por las mismas críticas. Por el contrario, después de la caída del muro y, con él, del socialismo real, el liberalismo se impone triunfante como el único sistema bueno y verdadero, indiscutible. Quien lo acepte así, no podrá comprender nada de nada del pensamiento de Arizmendiarieta, que nunca fue menos crítico con el liberalismo que con el comunismo. Para Arizmendiarieta —cuyo pensamiento es, como se ha dicho, de origen personalista— el liberalismo no es un sistema a la medida del hombre. El liberalismo ignora olímpicamente a la persona. El liberalismo es un monstruo.



No es cosa de extendernos repitiendo las críticas de Arizmendiarieta, cuya índole, por otra parte, ha ido evolucionando con el tiempo. Es posible que aquellas críticas no suenen muy actuales para algunos, al menos en los términos en que han sido formulados por él. Es igual. Lo esencial es comprender que la crítica del liberalismo constituye una premisa ineludible (para comprender el sentido) de la “evolución copernicana” propuesta por aquel; revolución que consiste en que la economía, de ser dominadora tiránica del hombre, pase a ser su servidora. Quien así lo prefiera, podría leer, por ejemplo, Karl Polanyi (1997), *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Ediciones de La Piqueta. La crítica del liberalismo de este antropólogo judío, hijo de padres húngaros, nacido “en la prodigiosa Viena de fin de siglo”, manifiesta asombrosas coincidencias con los puntos de vista de Arizmendiarieta. La tesis de Polanyi, fugitivo de los nazis y profesor en las Universidades de Oxford y Londres, es que “la idea de un mercado que se regula a sí mismo era una idea puramente utópica. Una institución como ésta no podía existir de forma duradera sin aniquilar la sustancia humana y la naturaleza de la sociedad, sin destruir al hombre y sin transformar su ecosistema en un desierto”. Polanyi achaca al liberalismo dos distorsiones fundamentales: la primera, someter la economía al mercado; la segunda, someter la sociabilidad en conjunto a la economía. Por la primera, las personas nos encontramos mutuamente entre los distintos objetos de compra-venta; por la segunda, todas las relaciones humanas (familia, amistad, etc.) se miden y valoran a la luz de la relación básica del “contrato”, quedando desnaturalizadas. Polanyi habla en términos de antropología económica. Pero no es difícil enlazar sus críticas con las preocupaciones personalistas de Arizmendiarieta. En todo caso, en unos términos o en otros, para comprender el pensamiento cooperativo de Arizmendiarieta, hay que suponer siempre la crítica del liberalismo como raíz y principio del mismo.

## EN UN PEQUEÑO PAÍS EN CRISIS

En la literatura vasca de la primera mitad del siglo XX (Txomin Agirre, Orixe) se encuentra bastante la crítica al liberalismo y al industrialismo de que han destruido sin piedad la Euskal Herria tradicional. Los “progres” de entre nosotros solían entonces burlarse de estas críticas. Ahora otros más progres las retoman sin complejos, aunque lo hagan mirando en primer lugar al Tercer Mundo, y sólo luego a la sociedad europea, aplicándose el espejo al propio pasado. Los análisis económico-antropológicos de K.Polanyi nos muestran el principio de la libertad de contrato como equivalente de “la de destrucción” de la sociedad tradicional. “Separar el trabajo de las otras actividades de la vida y someterlo a las leyes del mercado equivaldría a aniquilar todas las formas orgánicas de la existencia y a reemplazarlas por un tipo de organización diferente, atomizada e individual (...). –Es como si en un momento dado se decidiese en la práctica que las organizaciones no contractuales fundadas en el parentesco, la vecindad, el oficio o las creencias, debían ser liquidadas, puesto que exigían la sumisión del individuo y limitaban por tanto su libertad [como elemento de mercado]”. Esto se puede observar muy claramente en el Tercer Mundo. La institucionalización del mercado exige previamente “destruir sus instituciones tradicionales e impedirles que se reorganicen, puesto que, en una sociedad primitiva, el individuo generalmente no se siente amenazado de morir de hambre a menos que la sociedad en su conjunto se encuentre en esa triste situación”. En el sistema social de los cafres es imposible la miseria de alguno; ningún kwakiutl puede correr el riesgo de padecer hambre; y lo mismo ocurría en cualquier sociedad europea hasta comienzos del s.XVI. Pero el mercado necesita primero arrancar a los individuos de las instituciones sociales que los protegen, e.d., “la demolición de las estructuras sociales para obtener mano de obra”. El liberalismo, lo que está haciendo ahora a la vista de todos en el Tercer Mundo, lo ha hecho en Europa en los siglos XVIII y XIX.



En Euskal Herria, desde la destrucción de las instituciones tradicionales a fines del s.XIX, que llamamos la abolición de los Fueros— y que fue una abolición violenta en todos los sentidos—, llevamos demasiado tiempo buscando y no acabando de encontrar una institucionalización adecuada. El campo político vasco se divide entonces en dos grandes corrientes o partidos enfrentados, el nacionalista y el socialista. Arizmendiarieta, que ha sido gudari y será socialista, quiere olvidar ese viejo pasado de luchas partidistas. La tarea que se impone a todos es rehacer el país, y hacer de Euskadi un país humano. Lo mismo que en la oposición liberalismo/comunismo, también aquí él trata de liberar el espíritu de aquella herencia, y desarrollar un planteamiento nuevo que, asumiendo elementos de ambos bandos, supere la vieja dicotomía. Arizmendiarieta será abertzale a su manera y socialista a su manera. Para él la patria, más que la tierra de los antepasados, es la tierra de los hijos; y Euskadi estará constituida ante todo por el trabajo de sus gentes. Es el trabajo el que hace a los hombres y a los pueblos. Esta visión determinará también su concepto de patria (Euskadi) y de las obligaciones ciudadanas hacia ella. Más que en el pasado la patria está en el futuro. Un pueblo es una comunidad. La empresa o comunidad de trabajo debe organizarse —y esto, tanto como para Euskadi, vale para Cochabamba— en la forma adecuada a las tradiciones, cultura, espíritu de la comunidad en que se encuentra. No existe una fórmula universal de empresa cooperativa. Cada comunidad debe poder crearla desde sí. Para Arizmendiarieta la fórmula de Mondragon —él habla casi siempre en términos de “experiencia de Mondragon”— es la que, correspondiendo al espíritu tradicional vasco, ha sido posible en un momento determinado. No pretende tener validez perpetua. No es ningún modelo que nadie deba copiar ni pretender exportar. Es la obra de unos jóvenes “exponentes del espíritu de un pueblo más propenso a la acción que a la especulación, a ser que a tener, a progresar que a dominar, amante y celoso de su libertad y de sus fueros, de su espacio vital para la autorrealización más pluriforme en el trabajo y, por el trabajo, en provecho común”. Nacido del espíritu de un país, está firmemente comprometido en el desarrollo y transformación de aquel país, igual que en la revitalización de aquel espíritu, ahora resquebrajado.

Reconozco que convendría matizar mejor todos estos puntos. Pero las matizaciones deberán quedar para las próximas conferencias de este curso, más puntuales y más centradas en aspectos concretos del pensamiento de Arizmendiarieta. A modo de introducción, aquí sólo estamos recordando el marco general y, grosso modo, los principales motivos de sus reflexiones.

## LOS FUNDAMENTOS DE UN ORDEN NUEVO

Conocemos ya el punto de partida de la reflexión propia de Arizmendiarieta, su conciencia de la crisis total de una civilización. Un mundo viejo se muere: es preciso edificar uno nuevo, ha enseñado Arizmendiarieta. “Cinco siglos de historia se tambalean”, había escrito Mounier: “asistimos al derrumbamiento de una zona de civilización nacida a fines de la Edad Media, consolidada al mismo tiempo que minada por la era industrial, capitalista en su estructura, liberal en su ideología, burguesa en su ética”.

1. Maritain y Mounier son pensadores personalistas. Es importante aquí evitar confusiones (para no acabar haciendo de Arizmendiarieta un demócrata liberal común): el personalismo está justamente en las antípodas del individualismo, como insistirá Mounier. En la confusión de conceptos que suele caracterizar muchos de nuestros procesos, algunos intelectuales —muy presentes en los medios de comunicación—, que hasta ayer profesaban ideologías revolucionarias colectivistas, han pasado a ser ahora abandera-

dos de un individualismo absoluto como valor supremo, en el sentido del más agresivo liberalismo. Se confunden los conceptos de individuo, sujeto, persona; y se entiende que individuo y comunidad son conceptos opuestos mutuamente (confundiendo también colectividad y comunidad). O sea, se va de un extremo a otro, pero siguiendo firmes en el s.XIX: individualismo *versus* colectivismo. El personalismo, por el contrario, distingue claramente entre individuo (ente físico) y persona (ente moral). Ya Gabriel Marcel decía que la persona —a diferencia del individuo— se manifiesta en cuanto tal sobre todo en el diálogo; por eso el destino personal es esencialmente comunitario. Hay distintos personalismos. El personalismo francés, que es el que aquí nos interesa, ha surgido precisamente como reacción ante la marea totalitaria de entreguerras (colectivismos fascistas, comunistas), reivindicando la primacía de la persona frente a toda forma de colectivismo —Estado, clase— sin recaer por eso en el individualismo liberal decimonónico. En su lectura de Mounier Arizmendiarieta ha subrayado con su lápiz el siguiente texto: “la persona es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona. Jamás puede ser considerada como parte de un todo: familia, clase, Estado, nación, humanidad”. Esta dignidad absoluta de la persona constituye el primer fundamento del orden nuevo a construir proclamado por los personalistas, y que en Arizmendiarieta se llama el orden cooperativo.

He traído aquí los nombres de Maritain y Mounier, porque son los dos maestros de pensamiento preferidos por Arizmendiarieta. Podríamos considerar el pensamiento de Arizmendiarieta como la continuación de aquellos. Ambos fueron militantes de la izquierda católica francesa, antifranquistas, partidarios decididos de la emancipación obrera, tarea ésta a la que Arizmendiarieta ha dedicado todas sus energías y su vida.

2. Arizmendiarieta no ha querido emancipar a los trabajadores: ha querido que los trabajadores se emancipen ellos. El se ha entendido a sí mismo como su educador y animador, sin más. Porque para poder emanciparse —y este es el segundo puntal del orden nuevo—, los trabajadores necesitan primero formación, educación, conciencia. Ante todo el trabajador deber ser consciente de su dignidad como persona, dignidad igual a la más alta de cualquiera en el mundo. Pero de nada le vale, si luego es incapaz de crear de hecho un orden según las exigencias y mandatos de la misma. Debe, pues, capacitarse. Un orden nuevo concebido tal como lo hace Arizmendiarieta, en el que la clase trabajadora haya de asumir plenamente las responsabilidades, prescindiendo de dirigentes ajenos que organicen su actividad, presupone esa doble acción educativa: de transformación moral de la propia persona y de capacitación técnica para sus actividades.

Una idea que Arizmendiarieta tiene de Kant, y le ha gustado repetir a sus jóvenes, es que el hombre no nace, sino que se hace. Según Kant, “sólo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre; el hombre no es más que lo que de él hace la educación”. Esto vale igual para trabajadores y no trabajadores. E igual que cada uno de nosotros, también “el género humano debe ir poco a poco desvelando por su propio esfuerzo todas las disposiciones naturales de la humanidad. Una generación educa a la otra”. Muchas veces una idea de Arizmendiarieta —por ej., que la emancipación obrera necesita educación— a primera vista parece una mera reflexión pragmática. Pero si miramos más atentamente descubrimos que debajo hay una filosofía más amplia. No sólo la emancipación obrera exige educación. La historia del género humano es así la historia de su educación. Y cada uno de nosotros es lo que es por la educación. Cada uno de nosotros, la emancipación obrera, la historia de la humanidad, todo queda engarzado en una visión global. Todo está relacionado con todo. Arizmendiarieta hace un



amplio uso de Kant en el tema de la educación del hombre, de su autorrealización. Vale la pena señalar que otro libro de la biblioteca personal de Arizmendiarieta, lleno de subrayados y anotaciones de su mano, es la *Pedagogía del Oprimido*, de Paulo Freire, también bastante indicativo de por dónde iban sus preferencias a la hora de elegir lecturas.

Por otra parte, la importancia extraordinaria que Don José María siempre ha concedido a la educación como fundamento de un orden nuevo tenía su origen, aparte reflexiones filosóficas, en una experiencia personal, que yo creo que Jesús Larrañaga ha expuesto muy bien. “La guerra —nos relata éste— deja en él una huella imborrable, se da cuenta de la diferencia de poder que da el conocimiento y el saber. Contempla el reparto de categorías, la designación de capitanes, sargentos y demás mando de la tropa, por la simple selección cultural. Los que saben leer y escribir, los capaces de comunicarse y dialogar son elegidos. Y es ahí cuando constata algo que, por evidente, es brutal: un pueblo ignorante es un pueblo encadenado y pendiente de la minoría poderosa”. La sentencia del canciller Francis Bacon, “saber es poder”, se convertirá en uno de sus slogans más favoritos. Al que añadirá: “hay que socializar el saber para democratizar el poder”.

3. El tercer fundamento del orden nuevo propuesto por Arizmendiarieta es el pleno reconocimiento de la dignidad del trabajo. El texto más antiguo de Arizmendiarieta sobre la dignidad del trabajo lo encontramos en unos fragmentos manuscritos suyos, probablemente apuntes de clase de su época de estudiante en el Seminario. Nadie ha reconocido más alta dignidad al trabajo, dicen ellos, que el cristianismo: lo prueba el hecho de que Jesús, antes de dedicarse a la predicación, haya querido vivir treinta y tres años entregado al trabajo. Este extraño argumento no aparecerá luego en sus escritos. Pero es una muestra de su interés por el tema en época tan temprana. En declaraciones a J. Larrañaga él lo reconocerá así: en los años del Seminario “abrimos nuestra conciencia a esta nueva visión del concepto teológico del trabajo, no como castigo, sino como opción de realización. Eran, pues, ideas fuerza que nos catapultaban a otras reflexiones”. Para nosotros ello quiere decir que, en la cabeza de Arizmendiarieta, antes que la empresa cooperativa ha habido una filosofía de la persona y una filosofía del trabajo. Y es posible que sin esa filosofía la empresa cooperativa no tenga mucho sentido. O, por lo menos, no el sentido que tenía para Arizmendiarieta.

## **IDEA GENERAL DEL ORDEN NUEVO**

No hace falta decir que, quien está exigiendo un orden nuevo, no considera bueno el orden actual. Efectivamente, como ya hemos dicho, Arizmendiarieta considera el orden liberal, construido a partir del Renacimiento, más bien un desorden, regido por el egoísmo y los instintos, el afán de lucro. Los criterios supremos de ese sistema —criterios de eficacia en el mercado— no son criterios o valores de humanidad. No son criterios morales. Y la grandeza del hombre reside en su moralidad. (moralidad no quiere decir sexto mandamiento, sino capacidad de ver a los otros como hermanos, y de crear con ellos una comunidad real de vida, justa y solidaria).

Si miramos atrás las etapas de la historia, vemos los grandes despotismos asiáticos, donde prácticamente toda la población era oprimida; Grecia y Roma, con sus masas de esclavos; la Edad Media, con los siervos de la gleba trabajando los campos de Europa; nuestra era, con los técnicos y trabajadores de



las fábricas —fábricas ajenas, donde aquellos realizan todos los días proyectos ajenos, bienes ajenos, ganancias ajenas—. Suponiendo que a nuestra etapa también seguirá otra — e.d., suponiendo que con esta etapa no se acaba la historia: porque a veces parece que nos quieren hacer pensar eso—, ¿se han puesto uds. alguna vez a imaginar cómo será la siguiente etapa? ¿Qué corregirá, abandonará, superará de la nuestra? El pensamiento de Arizmendiarieta no puede tener ningún interés para ud. porque el pensamiento de Arizmendiarieta es un pensamiento del futuro: el movimiento cooperativo no tiene sentido para él como realidad encerrada en sí, en el ahora —un bloque de empresas— sino como un ataque, un frente, en la construcción de un orden nuevo, superando el orden actual. El futuro ha comenzado ya.

Digamos que, para él, la construcción de ese orden no era un quehacer de los cooperativistas solamente. No excluía a ninguno. Tampoco a los patronos. Pero lo consideraba ante todo una tarea de la clase trabajadora, cuya emancipación es justamente lo que está en juego. Estimaba de la máxima importancia, por tanto, alcanzar una estrecha colaboración entre el cooperativismo y el sindicalismo. Esta es una idea que aparece fuerte en sus últimas notas (antes no podía aparecer, al ser ilegales los sindicatos). Creo que murió sin poder llevar a la práctica en forma concreta ese proyecto.

El pensamiento de Arizmendiarieta es un pensamiento para la acción. Así han surgido las cooperativas, que en la perspectiva de Arizmendiarieta representan un anticipo y una semilla del orden futuro. La gran figura del socialismo eibarrés, Toribio Echeverría, creador él mismo de la empresa cooperativa ALFA antes de la guerra civil, consideraba la empresa cooperativa como “la verdadera empresa socialista”. La revolución socialista no sería otra cosa que la universalización de este modelo. Luego vino la guerra y el éxodo de miles de familias. Desde el doloroso exilio de Venezuela, siempre con la esperanza de un pronto retorno, Toribio Echevarría ha seguido con interés cuanto sucedía en su patria. Han pasado los años, y han ido apagándose las esperanzas. Todo cuanto había sido ensoñación del viejo luchador se veía perseguido y aplastado en su patria. Pero había algo que aún le daba cierta esperanza. Un brote que, en medio del desierto franquista, Toribio Echeverría veía surgir precisamente en la experiencia cooperativa de Mondragon. El experimento que él había iniciado, volvía a renacer. Un año antes de su muerte, octogenario ya, ha escrito a Arizmendiarieta ponderando la experiencia cooperativa inspirada por éste como “lo mejor que se ha hecho en esa España sufridora, en los 25 años de paz que tanto ha blasonado el régimen; y con pocos que le hubiesen imitado a usted, la Historia pudiera perdonar el crimen de la guerra civil a los traidores, como Dios hubiese perdonado a Sodoma en gracia a los diez justos que proponía el padre Abraham”. Un orden nuevo naciente de las ruinas de la guerra, mirando al futuro. Como el mundo sabe, las cooperativas no son un invento de Arizmendiarieta. Él mismo se ha entendido siempre en línea con la tradición cooperativa anterior, especialmente con la tradición cooperativista de ELA y UGT en Euskadi antes de la guerra. Sentimos como un eco de Toribio Echeverría, cuando escuchamos decir a Arizmendiarieta: “alkartasunean ardazturiko kooperatibismoa ez da sozialismorako bidea bakarrik, baita sozialismoan behar den jokabide era baino”. Es decir, el cooperativismo no es sólo una vía hacia el socialismo, sino una práctica socialista ya ahora. Cooperativismo es socialismo: el socialismo —dirá Arizmendiarieta— que hoy y aquí, en Euskadi, corresponde realizar e ir ampliando, en la línea de las viejas tradiciones y virtudes del pueblo vasco.

Texto de Joxe Azurmendi, publicado por los Cursos de verano de la UPV-EHU (2000), bajo el título:  
*“Pensadores vascos: José María Arizmendiarieta”*